

II. La economía del agua

EL AGUA, UN BIEN ESTRATÉGICO

Fuente de conflictos

Hoy, algo más de 1.100 millones de personas en el mundo carecen de agua potable y unos 2.600 millones, de las instalaciones sanitarias adecuadas. Las previsiones para el año 2023 son aún más preocupantes: en torno a un 40% de la población mundial podría padecer "stress hídrico" y en torno a 1.800 millones, escasez estructural de agua.

La Tierra dispone de agua dulce abundante, pero está muy desigualmente repartida: el 60% está en manos de unos pocos países, mientras Asia, por ejemplo, sólo dispone de un 30% de este recurso cuando su población supone el 60% mundial y el triángulo Túnez-Sudán-Paquistán padece una "escasez crónica" y sólo dispone de una media de 1.000 m³ de agua dulce al año.

El derroche de agua aumenta con el nivel de vida de la población. Se puede comprobar históricamente en el hecho de que los actuales europeos consumen ocho veces más agua que sus abuelos y, coetáneamente, en las cifras comparativas del consumo entre los países desarrollados (1.000 l al día por persona y día en Australia, de 300 a 400 l en EE. UU. y de 100 a 200 en Europa) y los del Sur, es decir, los que están en vías de desarrollo (apenas unos litros).

Estos últimos países combinan el problema de la poca disponibilidad con el de la contaminación de las aguas superficiales, a donde van a parar el 70% de sus aguas residuales y el 90% de sus vertidos industriales. La tendencia demográfica mundial empeora la situación: el éxodo rural constante agudiza el problema del agua en las ciudades, tanto por el aumento del consumo doméstico como por la producción de las aguas

residuales. Para 2020 se calcula que 27 de las 33 ciudades con más de 8 millones de habitantes estarán situadas en el Sur. Las necesidades crecientes están conduciendo inexorablemente a una sobreexplotación de los recursos hídricos (ríos, lagos, aguas subterráneas...) con consecuencias medioambientales graves las más de las veces. En esta situación, la competencia por el agua se hará cada vez más patente, por un lado entre países o comunidades y, por otro, entre las necesidades del hombre y la naturaleza. Por tanto el dilema podría enunciarse así: ¿Cómo satisfacer las necesidades de una población mundial en aumento y preservar a la vez los ecosistemas hídricos?

El problema del agua afecta a tres esferas esenciales de la vida humana: la seguridad alimentaria, la salud y los medios de vida, y la estabilidad política y social.

El 40% de los alimentos que se consumen en el mundo proceden de una agricultura de regadío que utiliza métodos no sostenibles provocadores de desastres medioambientales como la sobreextracción de las aguas subterráneas, la salinización de los suelos y la reducción de los caudales de los ríos. Situaciones que finalmente tienen por resultado la reducción de la tierra de cultivo y de la producción agrícola en unos momentos en que forzosamente habrá de incrementarse la producción alimentaria, pues la población mundial está previsto que crezca de los 6.000 millones actuales a los 8.000 en 2025.

Cada año mueren en el mundo entre 5 y 10 millones de personas por enfermedades relacionadas con el agua, derivadas de su mala calidad o de su

contaminación. Un problema de seguridad humana que se combina con la pérdida de muchos medios de vida tradicionales como las pesquerías o las pequeñas explotaciones agrarias que se abandonan por la desecación, la salinización, la falta de agua para regar o la invasión de áreas de cultivo por el mar en los deltas por el descenso de los aportes fluviales. El resultado es siempre el mismo: una marea de "refugiados ecológicos" se dirige a las ciudades ampliando así el problema.

Por otra parte, cabe señalar un aumento de las tensiones sociales e internacionales en las disputas por el agua. Hay en el mundo 263 ríos compartidos por dos o más países y en la mayoría de los casos no existen tratados internacionales que regulen el uso de sus aguas. Un alto dirigente del Banco Mundial hizo famoso un vaticinio de que las guerras del siglo XXI se librarían por el agua. Es posible que la sangre no llegue al río y que las guerras entre países puedan ser evitadas mediante acuerdos, pero es

Estrés hídrico. Situación que se produce cuando el índice de agua disponible *per cápita* está por debajo del nivel en el cual una población es capaz de obtener agua suficiente para satisfacer las necesidades alimentarias, industriales y domésticas, por lo que resulta imposible reservar el agua indispensable ecológicamente para los acuíferos, los ríos y los ecosistemas hídricos.

Sobreexplotación hídrica. Situación en la que se incurre cuando el agua extraída de la naturaleza se hace de forma más rápida que la capacidad de la naturaleza para su reposición o recuperación.

Productividad hídrica. Índice que mide el grado de beneficio, satisfacción o valor que produce cada litro de agua que extraemos de la naturaleza.



bien cierto que han existido ya enfrentamientos como, por ejemplo, entre los países ribereños del río Jordán; aunque es más fácil que las violencias y las tensiones se produzcan a nivel subnacional: entre tribus, entre provincias, y entre comunidades. La guerra no es, pues, el único desenlace preocupante de esta competencia por el agua, lo son también los conflictos sociales y los regionales. Cada vez que un país anuncia de forma unilateral la construcción de un embalse se desata una reacción por parte de las otras partes interesadas en los recursos hídricos afectados y, muy comúnmente, pueden pasar décadas de tensión antes de que se decidan a suscribir un tratado multilateral.

El agua, pues, es un bien estratégico inseparable en el futuro de la salud y los medios de vida de la humanidad, de la paz y convivencia entre los pueblos y de la preservación de la naturaleza. Se ha hablado de soluciones técnicas como la desalinización o la gestión del agua privatizada, pero son soluciones parciales y caras, en el primer caso, o muy contestadas, en el segundo, ya que a pesar de algunos buenos resultados obtenidos por las empresas gestoras, la privatización es criticada por su mercantilización y por no garantizar el derecho fundamental del ser humano a este recurso vital. Por eso, se impone cada vez más la idea de que es necesario un cambio global en la manera de pensar el agua que atienda a múltiples aspectos como los de evitar tecnológicamente el derroche del agua, estimular la mentalidad proclive al ahorro del agua, la lucha contra la contaminación, la preservación de los mínimos o reservas ecológicas del agua, la legislación hidrológica y los acuerdos políticos sobre las aguas compartidas. En resumidas cuentas, la humanidad se enfrenta a un triple reto: satisfacer las necesidades básicas de los seres humanos, satisfacer las de la naturaleza (es decir, de los ecosistemas) y mejorar de forma radical la productividad del uso que hacemos del agua.